



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

*Es propiedad.*

LIBRO PRIMERO

INFAMIA HEREDITARIA

Árbol que crece torcido,  
nunca su tronco endereza,  
que se hace naturaleza  
el vicio con que ha crecido.

*Incógnito.*

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

863  
S.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COYARRUBIAS

## I

En una clara y fría mañana del mes de Enero de 1882, toda una familia bajaba, en la estación del Mediodía de Madrid, de un vagón de segunda clase; el tren llegaba de Andalucía, y acababan de dar las siete y cuarto, hora en que el frío se hacía sentir terriblemente.

La familia en cuestión se componía de cinco individuos: un matrimonio, dos niños y una criada, y cada una de estas personas tenía rasgos exteriores para llamar la atención de un observador curioso y perspicaz.

Empezaremos, siquiera sea para mostrarnos corteses, por la dama.

Podría contar á lo más veintidós años de edad: era de estatura bastante alta, elegante y esbelta, muy delgada y flexible; había en ella algo de ondulante, de atrayente, de acariciador, que resaltaba, que vivía y transpiraba en el corte sensual y delicado de su boca, en su nariz fina y movable, en su frente pura y algo estrecha como la de las estatuas griegas, en sus sienes de una blancura nacarada, en el corte redondo de sus mejillas, que formaban, al reirse, un profundo y gracioso hoyuelo. Sus cabellos rubios tenían algo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"

No. 4626 MONTERREY, MEXICO

del matiz leonado que Murillo ha dado á sus Virgenes en los reflejos de sus cabezas celestiales; sus cejas, suaves y de una serenidad admirable, formaban dos arcos tendidos y dulcemente separados; pero en sus ojos, de un azul obscuro y profundo, se encendía de vez en cuando una llama terrible, un mundo de deseos, de ambición de goces, de orgullo, de fiereza, de crueldad: hubiérase dicho que aquella mujer tenía á la vez la pureza de un ángel y las pasiones desenfrenadas de una cortesana.

Su semblante estaba como macerado por una fatiga excesiva. Era delicada de temperamento, y esto se conocía en sus uñas rosadas que mostraba en una mano desnuda del guante, en la finura sedosa de sus cabellos, y en todo el aire de su figura, lánguido y altanero á la vez.

Llevaba esta joven un traje de lanilla á cuadros blancos y negros, entonces muy de moda, pero de ínfimo precio; una casaquilla de la misma tela, bien cortada y bien hecha, y la cabeza envuelta en una toquilla muy usada de blonda negra. Aquellos encajes eran todo un poema: usados, rotos ya en mil partes, conservaban aún señales de una gran riqueza, y su intenso color negro contrastaba con el bello matiz dorado de la cabellera que cubría entre sus pliegues flexibles, sedosos y perfumados.

Porque de aquella extraña criatura se desprendía un fuerte perfume, un perfume costoso y de-

licado, de perfecta procedencia inglesa, un delicado aroma de magnolia, que una duquesa no se hubiera desdeñado de usar.

Cuando bajó del humilde y sucio vagón de segunda clase, enseñó un pie estrecho, calzado con una bota de tafilete obscuro, abrochado sobre una media de seda lila: media y bota acusaban un precio muy alto, pero estaban deterioradas y descoloridas.

Su marido, que había descendido el primero al andén, le dió la mano. Era un hombre alto, robusto, de barba cerrada casi negra, de cabellos castaños y tez pálida y morena; tenía doble edad que su mujer, y una expresión de bondad y hasta de inocencia que le hacía muy notable y muy simpático.

Su traje era un término entre el de labriego y el de un caballero de pueblo: llevaba pantalón y americana de paño azul obscuro, chaleco de paño negro, camisa de rayas café y blancas, y corbata de cuadros grandes, prendida con un alfiler de oro antiguo, que representaba un león destrozando á una culebra que se enroscaba alrededor de su pecho y enseñaba con furia su acerada lengua y sus dos ojos sangrientos figurados por dos pequeños rubíes.

Después de ayudar á descender á su mujer del vagón, el caballero—pues á pesar de su aspecto algo rudo se conocía que lo era—tomó en sus brazos á los dos niños á la vez, y los colocó con

cuidado en el suelo, en tanto que la joven madre, dando dos pasos atrás, se confundió un instante con la multitud de los viajeros que ocupaba el andén, y buscaba el modo de entregar los billetes y de salir lo antes posible de allí.

Un hombre apareció de repente, y respondiendo á la ansiosa mirada de la viajera, se puso á su lado.

—¡Ya estoy aquí...!—dijo ella en voz baja y contenida, y fijando en el hombre aquel una mirada profunda.—¡Ya he cumplido mi palabra...!

—¡Gracias, Alicia mía, gracias!—contestó el otro, tomando la mano desnuda de la joven, que estrechó con pasión; y luego añadió, poniendo en aquella misma mano un pedazo de papel doblado en tamaño muy pequeño:

—Aquí tienes las señas de la casa adonde debes ir por lo pronto.

—¿Están escritas de mano de mujer?—preguntó Alicia con voz que temblaba.

—Sí; nada temas.

—¡Adiós!

—¡Adiós!... Escíbeme. ¡Adiós, mi bien!

La joven desprendió su mano, con una violencia dolorosa, de la mano que la tenía asida, y el que la había hablado confundió entre los viajeros aglomerados á la puerta su estatura esbelta, que no pasaba de mediana, y que iba elegantemente envuelta en un gabán de abrigo.

Alicia se volvió al lado de su familia: su ma-

rido procuraba acallar el llanto de la niña, que, muy pequeña, pues contaba solos cinco años, y muy delicada, venía agobiada y débil con la fatiga del viaje.

El niño contaba tres más, y era fuerte como su padre, robusto y hermoso. Asido de la mano de la criada, morena y fornida lugareña que ya pasaba de los cuarenta años, y que había amantado á las dos criaturas, Gonzalo seguía con mirada penetrante á su madre, y aunque no la vió hablar con el desconocido, la vió alejarse y volver al grupo de su familia.

—Sosiégate, Eva mía—decía el padre besando tiernamente á la niña que tenía en los brazos.—¡Dentro de poco cenarás y te dormirás, que ambas cosas te hacen mucha falta, amor mío!

—Vamos; ¿qué hacemos aquí ya?—dijo con impaciencia Alicia al acercarse apresuradamente en realidad, pero en apariencia con mucha calma.

—Esperamos á usted, señorita—observó Catalina, la criada.

—¿Por qué te has ido?—preguntó el niño con una severidad extraña.—Ya podríamos estar en casa.

—Oye, Tomás—dijo la joven volviéndose á su marido, después de fijar en su hijo una mirada de cólera;—deja llorar á la niña, y busca un ómnibus que nos lleve á casa.

—¿Y las señas? ¿las has traído?—preguntó el interpelado.

—Aquí están: las saqué de la carta de mi amiga.

—Está bien. Allí hay ómnibus; seguidme, que voy á ajustar uno.

La esposa no se movió: su pensamiento estaba muy lejos de allí; ni el llanto de su hija, ni la orden afectuosa, pero firme, de su marido, nada pudo sacarla de la distracción profunda que la embargaba. Veía delante de sus ojos una figura gentil, encantadora: la figura de un joven de treinta años, envuelta en un gabán forrado de ricas pieles; veía un semblante que ejercía en ella una fascinación extraña; unas facciones correctas y hermosas, animadas por la expresión del amor; oía un lenguaje dulce y lisonjero, cuyas frases llegaban hasta lo más hondo de su corazón; y el rudo esposo, los quejumbrosos niños, la tosca criada, todo desaparecía de su vista, velado por la ardiente nube de su deliciosa embriaguez.

El aire frío de la mañana azotaba su rostro y agitaba sus cabellos; su hija lloraba cada vez con más desconsuelo en los brazos de su padre, que ya se hallaba sentado en uno de los ómnibus; el niño, asido de la gruesa mano de Catalina, la miraba inmóvil y severo, esperando á que subiese al carruaje; y ella, soñando y sonriendo en su fatal embriaguez, no se movía.

—¡Alicia, subel ¡Catalina, arriba con Gonzalo!—gritó la fuerte voz de don Tomás.

La joven pareció como que despertaba de un

sueño: pasó su bella mano por la abrasada frente, puso en el estribo su pequeño pie, y subiendo ligeramente, se sentó enfrente de su marido. Catalina la siguió y se sentó también, poniendo al niño sobre sus rodillas; y lleno ya el tosco y pesado carruaje, el tronco arrancó ruidosamente, tomando á lo largo del paseo de Atocha, para entrar en la coronada villa, asilo de tantos crímenes y palenque de tantas terribles y sombrías pasiones.

Ni Alicia ni su familia hablaron una palabra en el camino: don Tomás parecía absorto en profundas reflexiones; sus facciones acentuadas y bellas se asombraban de vez en cuando con una expresión muy triste: ya se contraían sus negras cejas con un movimiento nervioso; ya miraba al cielo azul y claro de aquella mañana de invierno, como pidiéndole consuelo y ayuda para algún cruel presentimiento que le atormentaba; y otras veces fijaba sus grandes ojos negros en el hermoso é infantil semblante de su hijo Gonzalo, que sentado en la falda de su ex-nodriza, miraba atentamente á su padre. Una vez que el rostro de Barrientos expresó un agudo dolor, el niño tomó la mano de su padre, la sostuvo en la suya y la besó con indecible amor.

Gonzalo amaba á su padre con íntima ternura, y se le parecía como el tierno retoño se parece á la robusta encina en cuyo tronco ha brotado una mañana de Abril.

## II

Siete años antes de lo que acabamos de referir, y en una hermosa tarde de estío, tenía lugar una escena extraña cerca del lindo pueblo que se llama Alcalá de Guadaira, situado en la hermosa vega andaluza que ciñe á Sevilla como una banda de esmeraldas.

Una mujer que parecía cansada y muy enferma, bajaba por el camino real, apoyada en el brazo de una hermosa adolescente, con paso fatigoso y jadeante. Apenas la niña, que era rubia como las espigas y delgada como una joven caña de esas que se mecen á orillas de los lagos; apenas, decimos, podía sostener el paso vacilante de aquella mujer, y era tal y tan doloroso el aspecto de las dos, que un hombre que montaba una robusta jaca, y que subía desde Alcalá á Sevilla, detuvo su montura y se quedó contemplándolas.

Era este hombre uno de esos tipos mitad labriegos, mitad caballeros, que sólo nacen y viven en la bella Andalucía, y que son desconocidos en todas las demás provincias de España, y acaso en el resto del mundo: vestía airosamente calzón y marsellés de paño color castaña con caireles de

seda negra, botines de cuero con delgadas correas flotantes, y ancho sombrero cordobés parecido al de los majos de principios del siglo; una rica manta jerezana estaba extendida delante de él, sobre el lomo de la jaca, y del bolsillo del marsellés salía un pañuelo de seda, de igual clase que el que rodeaba su cuello, sujeto en una sortija de brillantes.

Parecía tener aquel hombre de treinta y tres á treinta y cinco años; era alto y robusto, con la tez morena, la barba negra rizada y cerrada, los ojos grandes y llenos de luz, y la frente noble y adornada de rizados cabellos; las pasiones habían ya marcado su candente huella en aquel rostro varonil, hermoso y expresivo: era amarga y dura la expresión de su mirada; conocíase que había sufrido algún gran dolor y que una sorda rebelión germinaba en el fondo de su alma.

Sin embargo, aquel corazón endurecido no estaba petrificado: era como una tierra cubierta de un duro hielo, que una mañana de sol puede fecundizar, y otra mañana tibia llenar de flores; sus ojos solicitaban, al mirar, consuelo y amor; se veía transpirar en ellos un alma henchida de ternura, pero poco expansiva y sellada con un hondo y silencioso dolor.

Las dos mujeres que hacia él se adelantaban tenían un aspecto extraño: llevaban ambas trajes magníficos de seda, pero rotos y manchados por todas partes; una arrugada manteleta de encajes

cubría el talle de la que parecía enferma, y un sombrero de paja de Italia, que debía haber sido de gran precio, dejaba descubiertos sus cabellos de un rubio oscuro con reflejos dorados, anudándose bajo la barba con dos cintas de raso negro listadas de azul.

De lejos aquella mujer parecía anciana; mas al acercarse, el hombre que se había detenido á mirarla comprendió que apenas contaba treinta y cuatro años: lo que sí estaba era muy enferma.

En cuanto á la niña que la daba el brazo, y que apenas podía sostenerla, era un poema bajo la forma de una criatura mortal: sus ojos garzos, que á cierta luz tenían la pureza y limpidez de dos zafiros, no tenían otro defecto que el de ser excesivamente grandes; sus cabellos rubios, de un armonioso color dorado, formaban un bosque sedoso, caían en rizos y se agrupaban en gruesos anillos sobre su blanca frente; era alta, como la mujer á quien daba el brazo y que se conocía era su madre, pues se parecían como el capullo á la rosa.

Llevaba un vestido de seda á cuadros azules y grises, un fichú de crespón blanco, y un sombrero redondo de paja, echado hacia atrás, todo deslucido, viejo y en un estado deplorable.

—Caballero—dijo la madre deteniéndose ante el hombre de la jaca,—¿quiere usted decirme si nos hallamos lejos de Sevilla? Estoy enferma y no puedo más...

—Como hora y media, señora—contestó el in-

terpelado;—una gran distancia para el estado en que la veo.

La desconocida alzó los ojos al cielo con desesperación.

—¿Á dónde van ustedes?—preguntó á su vez el andaluz;—¿á una fonda?; ¿á casa particular?

—¡Ay, caballero!; ¡no lo sabemos!—contestó la niña que guiaba á la enferma.—Á nadie conocemos en Sevilla.

—¡Cómo!; ¿á nadie?

—Lo primero que hemos de buscar, es el hospital.

Un gemido apagó el eco de estas últimas palabras; la dama enferma, y se conocía que lo era, cayó al suelo, exhausta ya de fuerzas.

—¡Ehl, ¡qué demonio! ¡Valor, señora! ¡Tomás Barrientos no abandona á ningún cristiano que necesita socorro! ¿Buscar hospital en Sevilla? Pues yo habito en Alcalá de Guadaira una grande y vieja casa, solo con mi padre; allí hallarán abrigo por lo pronto, y luego verán lo que han de hacer.

—Pero, señor, ¿y cómo llegar allí?—exclamó la rubia niña.—¡Mi pobre mamá está moribunda!

Don Tomás, que había echado pie á tierra, quedó suspenso: podía llevar á la enferma en su robusta jaca; pero ¿y la niña?; ¿cómo dejarla sola en el camino real?

—Quédense ustedes aquí las dos—dijo á la señora, sentándola lo mejor posible delante de un árbol, en cuyo tronco apoyó su espalda;—vuelvo á

galope á Alcalá, y traeré medios de conducir las: es cosa de un cuarto de hora, y tanto da que esperen solas, como que solas caminasen. Aun hay dos horas de día.

Dicho esto, montó de nuevo rápidamente, puso su montura al galope y desapareció.

—Mamá, ¿qué hombre será ése?—preguntó la adolescente con voz trémula.—¡Sus ojos me dan miedo!

—Sea quien quiera, nos socorre, Alicia mía—contestó débilmente la madre.—Yo descansaré, y tú comerás algo, mi pobre ángel.

—¡Oh!; ¡comeré cualquier cosa!—dijo Alicia con una expresión ansiosa que daba pena:—¡tengo hambre! ¡Qué horrible viaje, y cuánto hemos sufrido desde que salimos de París!

—¿Y allí? ¡Oh!; ¡si muero sin venganza, no hay justicia en el cielo!

—No pienses en eso, mamá—dijo Alicia con voz llorosa;—esas ideas te dan fiebre... Tranquílzate; no pienses más en ese hombre...

—¡Ah, hija de mi alma!; es que tú cuentas aún muy pocas primaveras, y no sabes lo que es dar el alma entera á un hombre, sacrificarle una su presente, su porvenir, su familia, sus esperanzas de salvación eterna, para hallarse después abandonada, burlada, perdida para siempre... ¡Oh mi Alicia! ¡Quiera el cielo que no lo sepas jamás!...

La niña guardó silencio, asombrada y atónita: abríanse para ella horizontes sombríos desde hacía



algunos días, desde que había dejado su tranquila pensión de París, adonde su padre la había llevado tres años antes, y contando sólo doce de edad. De aquella época guardaba esculpidas en su alma dos imágenes: la de su madre, que iba á verla con frecuencia, elegantemente vestida, y que era idealmente dulce y bella; la de su padre, que sólo fué á verla dos veces después de haberla dejado en la pensión, y que era un hombre distinguido, pero grave, ó más bien tétrico, conciso, y que inspiraba á la pobre Alicia un cariño mezclado de temor.

Su madre vivía en París; su padre no, sino que había hecho un viaje para llevarla allí, y otro después para ir á verla.

Después habían lucido para ella días muy desgraciados: su madre la había sacado de la pensión y la había llevado á un piso cuarto muy modesto, donde ella vivía sola; desde aquella habitación habían pasado á otra más humilde; su madre había empezado á enfermar, á languidecer, falta de sueño y de apetito. En el cajón de una cómoda había visto Alicia unas cuantas monedas de oro y plata, y su madre, al enseñárselas un día, le había dicho con una voz llena de lágrimas:

—Esto es, hija mía, cuanto poseemos.

Algunas veces Alicia veía escribir cartas á su madre, cartas que humedecía con sus lágrimas: después de enviadas las cartas llegaba un caballero, joven, arrogante, de porte altivo y vestido con

gusto y elegancia: la madre de Alicia daba un beso á su hija, la ordenaba pasar á otra habitación, y se quedaba sola con aquel hombre; la adolescente oía sollozos, gritos de indignación, reconvencciones, raptos, en fin, de dolor que le hacían temer por la razón de su madre. Á todo esto el desconocido respondía pausada y fríamente en voz baja y con acento en que se adivinaba una resolución inquietante. Un día, al salir de la puerta de la habitación para bajar la escalera, aquel hombre se vió detenido por la madre de Alicia, que le asió violentamente por un brazo.

—¿Es esa tu decisión última?—le preguntó la desgraciada mujer con voz ronca.

—Ciertamente, mi pobre Sofía—contestó él con su acento eternamente helado;—he hecho cuanto he podido por ti.

—¿No volveré á verte?

—Al menos en mucho tiempo, no: parto para un largo viaje.

—¿Y qué va á ser de mi hija y de mí?

—Procura hacer las paces con tu marido: no será difícil, porque te amaba mucho y porque además es padre, felicidad que yo no he conocido.

—¡Eres un villano, un cobarde, un malvado sin corazón!—gritó la pobre mujer.—Yo te arrojo á la cara tu limosna, y te desprecio como me-reces.

Alicia, colocada al lado de una puerta entreabierta, asistía invisible á esta escena tan deplora-

ble: vió á su madre descompuesta por la cólera y el dolor, desmelenada, lívida, convulsa, arrojar un puñado de monedas de oro á la faz de aquel hombre, y después cerrar de golpe la puerta de la habitación, entrar de nuevo en la salita y dejarse caer llorando en un sillón.

Las monedas rodaron por el descanso de la escalera; pero ninguno de los vecinos, ni la portera tampoco, se encontró ninguna; lo que prueba que el elegante caballero las recogió con tanto cuidado como sigilo.

Alicia, sin saber qué hacer, se arrodilló delante de su madre, la tomó ambas manos, y sin decirle una palabra apoyó la cabeza en su pecho y lloró con ella. Tenía aquella niña las actitudes exquisitas y la elegancia divina de su madre; ésta apoyó la frente culpable sobre los dorados cabellos de su hija, y murmuró:

—¡Perdón, ángel mío, perdón! ¡Yo he causado tu desventura!; ¡yo te he robado el amor de tu padre!; ¡yo te he privado de su protección y amparo, y cuando muera, que será muy pronto, quedarás sola sobre la tierra!

—¡No hables de morir, mamá!—exclamó Alicia;—¡se me rompe de pena el corazón al oírte hablar así! ¡Más vale que nos vayamos á buscar á papá!

La madre guardó silencio y quedó pensativa. Por la tarde escribió otra carta, y salió para echarla al correo. Estaba pálida y desfallecida: la tisis

devoraba á su víctima, y la tumba se abría ya para ella. Cuando volvió, Alicia quedó asustada: apenas podía respirar, y sus ojos tenían terribles círculos morados.

Se acostó con una intensa fiebre, y toda la noche estuvo delirando y pidiendo agua. La pobre Alicia vió el cielo abierto cuando una caritativa vecina se ofreció á velar á su madre con ella.

Por la mañana llegó una carta por el correo interior. Sofía, cuya fiebre había decrecido, pero que estaba sumida en un abatimiento profundo, la abrió y empezó á leerla; pero se le turbó la vista y la dejó abierta sobre la cama.

Cuando se adormeció poco después, los ojos de la niña cayeron sobre aquellos renglones, trazados con una mano tan nerviosa, que la pluma había roto el papel en varios sitios. Sin quererlo, leyó lo que sigue:

«No te canses, Sofía: todo ha terminado entre nosotros. Cuando te hallé en mi camino, sabía todos tus extravíos anteriores. Mi pobre amiga, tú has creído amar muchas veces, y te has engañado, ni más ni menos que los que también creían amarte.—En cuanto á mí, voy á casarme en Madrid, y no puedo seguir unas relaciones que para los dos habían llegado á ser muy dolorosas. Créeme: procura hacer las paces con tu marido. Alicia intercederá por su madre; tu hija es un ángel, y aunque para desgracia de las dos tu esposo duda por su carácter desconfiado, que han amargado

mucho tus ligerezas, la voz de la sangre hablará en su corazón cuando vea esa hermosa niña.»

Alicia quedó absorta y pensativa después de leer este billete: la candidez de sus facciones y de su sonrisa, aquella candidez angélica, resultado de su educación entre las buenas religiosas que dirigían la casa-pensión donde su padre la había colocado, se iba borrando y dejaba lugar á otra profundamente triste.

Cuando después de algunas horas volvió su madre del letargo que la había embargado, Alicia se sentó en el lecho, y abrazándola tiernamente, le dijo:

—Mamá, vámonos á Sevilla.

—¡Ay, pobre ángel mío!—dijo la enferma;—¿y á qué?

—Á buscar á papá.

—¡Quién sabe si querrá vernos!

—Probemos siquiera, mamá: solamente con que nos reciba, yo respondo de todo.

—¿Y qué harás?

—Le abrazaré; le diré que ansiaba mucho verle, que le quiero, que le querré siempre, que hemos sufrido mucho..., y le callaré todo lo que ha sucedido con ese hombre...

Alicia dijo estas palabras con la frente cubierta de rubor: el mal penetraba como una llama devoradora en aquella alma infantil y la iluminaba con siniestros reflejos.

Sofía dejó el lecho dos días después: llamó á

un prendero, que se llevó los pocos muebles que poseía; reunió al exiguo producto las pocas monedas que le quedaban, y tomó con su hija el tren para España en un coche de primera clase.

En la miseria, abatida con mil desengaños y dolores, enferma de una manera incurable, abrumada por largo tiempo de decepciones y de fatiga moral, Sofía era aún la mujer elegante, la mujer que había hecho un estudio profundo de la coquetería y del arte de agradar, infeliz muestra de la mujer de nuestros días, que desdeña todo lo que es bueno y grande y se consagra en cuerpo y alma al culto de lo frívolo y de lo exterior.

Su esbelta y elegante figura, no menos que la de su hija, llamaron la atención de los demás viajeros. Alicia tenía quince años, y jamás la transición de la niñez á la juventud ha presentado en ninguna mujer más encantos que en aquella amable adolescente: alta para su edad, rubia, adorable de gracia, cariñosa y llena de inocencia, tierna y previsora con su madre, Alicia conquistó todos los corazones.

En Madrid recayó en su dolencia la pobre enferma: la fiebre la atacó de nuevo, y hubieron de detenerse en una fonda, donde se consumieron sus últimos recursos. Sofía opuso al mal un valor heroico; conocía que su vida iba á extinguirse, y no quería morir sin llegar á Sevilla, para buscar á su marido y recomendarle á su hija: así fué que emprendió de nuevo el camino en tren de segun-

da; después de pagar los billetes, le quedaron algunas pesetas para el camino.

Ya en la provincia de Sevilla, cayó otra vez enferma, y se detuvieron de nuevo dos días en un mesón mísero y ahumado: les dijeron que distaban muy poco de Sevilla, y que todos los días iban á pie gentes del pueblo.

—Nosotras haremos lo mismo—dijo la pobre madre,—porque no tenemos ya ni un real, y es preciso llegar á Sevilla... Quizá allí me pondré mejor..., quizá me curaré... y podré vengarme...

—Mamá, por Dios, no pienses en eso—dijo la pobre niña, asustada al ver la expresión de las facciones de su madre;—perdona á ese señor... Las Madres me decían en la pensión: —Medita usted, hija mía, en las palabras del *Padrenuestro*, cuando piense en sus enemigos... «y perdónanos, Señor, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores». Yo no he tenido jamás enemigos, mamá...; pero á ése le miro como á tal, porque te hace sufrir... Sin embargo, le perdono...

Una amarga sonrisa pasó por los desecados labios de la madre, como denegación muda á toda idea de misericordia; sin decir una palabra abrazó á su hija, se envolvió en su chal, y tomándola por el brazo, ambas abandonaron el mesón y salieron al camino real. No llevaban ni una sola moneda de cobre, y habían salido en ayunas del mísero asilo donde habían pasado dos días.

Todo el día estuvieron caminando. Era uno de

los últimos de Agosto, y el calor era sofocante. La pobre enferma sentía que sus fuerzas se agotaban rápidamente; ya habían menguado casi hasta extinguirse, y aquella última fatiga era también la última prueba y el postrer tormento de su triste existencia. Muchos ratos de aquel eterno día se había pasado á la sombra y recostada en un árbol; por fin, á las seis y media de la tarde se puso de nuevo en pie, y apoyada en el brazo de su hija se resolvió á andar, hasta ver si llegaban á un pueblo, ó siquiera á un cortijo donde les dieran asilo.

Entonces fué cuando las encontró Barrientos, que al trote airoso de su robusta yegua jerezana iba desde Sevilla hasta Alcalá de Guadaira, precioso y alegre pueblo de la vega sevillana, donde tenía el rico labrador su casa y su hacienda.

En tanto que la pobre Sofia y su hija esperaban los auxilios de la caridad sentadas bajo un árbol corpulento del camino, vamos á hacer un amplio conocimiento con don Tomás Barrientos, verdadero tipo de nobleza, á pesar de sus vestidos semilabriegos; caballero de las más altas prendas, y digno de este nombre por su corazón y la hidalguía de sus sentimientos.

### III

Unos treinta y cinco años antes de la tarde de estío en que Alicia y su madre se hallaban solas y desamparadas en medio de la carretera que va de Sevilla á Alcalá de Guadaira, don Pedro Barrientos, rico hacendado de aquel pueblo, amparo de los pobres, buen cristiano y hombre de costumbres rancias y severas, perdía un gran bien y ganaba otro bien inestimable: su esposa doña Ana espiraba al dar á luz un robusto niño, al que se le puso en la pila bautismal el nombre prosaico de Tomás, por ser el de su abuelo paterno.

El viudo dedicó su vida entera al amor y cuidado de su hijo. Se había casado ya en edad madura, y jamás le pasó por la cabeza la idea de contraer segundas nupcias. Tomás era su alegría, su vida, su encanto; Tomás llenaba el mundo para él. Á fin de que no fuera á un colegio, á fin de tenerlo siempre ante los ojos, don Pedro Barrientos llevó á su casa un capellán que daba al niño lección de escribir, leer y contar, únicas cosas que aprendió.

En cuanto á seguir ninguna carrera científica ni artística, el padre lo juzgó inútil; y un día que

el buen capellán le hablaba acerca de esto y le manifestaba lo conveniente de que Tomasito tuviese una carrera, le contestó el padre:

—Pero, señor, ¿para qué se ha de quebrar la cabeza mi hijo con estudios? Hay más médicos que enfermos, más abogados que pleitos, más militares que enemigos; además, es rico: con ser bueno, con saber hacer bien á los pobres, tiene bastante ciencia mi hijo. ¡Pues mire usted que no es mal trajín el cuidar de la labranza, de veinte pares de mulas, de treinta criados, seis mozas de servicio, y todos los vivientes de los corrales y palomares!

—Pero, señor don Pedro, una carrera no se tiene sólo para ganar dinero —observó el capellán;— se tiene para ser algo en el mundo.

—Tomás es rico, y no puede ser cosa mejor. Yo estudié leyes, en las que soy doctor, y no sé ya una palabra de Derecho; en cambio conozco muy bien el derecho que tienen á mi caridad los desvalidos, y el deber de ampararlos que yo tengo.

—Ya lo sé, ya lo sé, señor don Pedro: usted es un varón justo, un hombre muy bueno. Pero los tiempos varían: llegará un día en que Tomás acuse á usted de no haberle dado una sólida instrucción.

—Mi hijo no me acusará jamás.

—Aunque así sea, él se creará desairado en sociedad. Veamos otra cosa: ya que no quiere usted que siga una carrera, que aprenda un arte: un

buen artista es muy considerado, y si tiene vocación, es feliz.

—¿Y qué arte aprenderá?

—El de la pintura, al que tiene grande afición: siempre está copiando con lápiz el molino y la orilla del río.

—Pues llamemos á un buen pintor de Sevilla, y que se venga aquí.

—Más vale que se vaya usted con él á Sevilla.

—¿Y quién cuidará de esta casa?

—Yo. De todos modos, me da vergüenza la vida tan ociosa que llevo. De no seguir la carrera de Teología, Tomás no puede ya aprender nada conmigo, y para nada le sirvo.

—Señor capellán—repuso don Pedro, tomando la mano del sacerdote y estrechándola calurosamente;—mi casa será siempre la de usted, y de ella no ha de salir más: será usted toda la vida *nuestro amigo*, y eso es una noble ocupación; puesto que usted tiene la bondad de encargarse en mi ausencia de la casa, pasaré seis meses al año en la ciudad con Tomás, al que llevaré al estudio del mejor pintor; los otros seis los pasaremos aquí; y como está Sevilla muy cerca, Tomás podrá ir dos veces á la semana á tomar lección.

Así se hizo. Á los catorce años, Tomás Barrientos entró en el estudio de un pintor excelente, y en pocas semanas adelantó de una manera asombrosa. Su buen padre, aunque se hallaba violento en la ciudad, aunque suspiraba por sus prados y

sus bosques, se resignaba, y daba por bien empleada la violencia que se hacía, pensando en que era por su hijo, al que adoraba con la más grande idolatría.

Tomás merecía aquel cariño: era un muchacho extremadamente hermoso, robusto, paciente, y de carácter á la vez enérgico y sufrido; su Dios en la tierra era su padre. En el cielo adoraba al Dios que nos ha creado, con la fe ciega y sincera que su padre le había inculcado; todo noble sentimiento era expansivo y natural en el alma de aquel niño, que á los catorce años de edad representaba diez y ocho; la compasión á la desgracia, el cariño á los débiles, el cuidado de la felicidad ajena absorbían su pensamiento: jamás padre alguno fué adorado como don Pedro Barrientos; y cuando el pintor le reconvenía por los malos ratos que se daba trabajando con exceso, le decía Tomás:

—Deseo en estos seis meses adelantar lo que á otros les cuesta dos años.

—¿Y para qué tanta prisa?

—Porque á mi padre no le gusta vivir en Sevilla, sino en Alcalá: y lo que deseo es poder pasar con dos lecciones semanales, que vendré á tomar desde mi pueblo.

Pasaron, en efecto, los seis meses, y don Pedro con su hijo Tomás volvió á sus lares. El capellán había cuidado admirablemente de la casa durante su ausencia. Tomás declaró que ya no había nin-

guna necesidad de volver á establecerse en la capital, y que él tenía bastante para seguir adelantando en el arte pictórico con ir los lunes y los viernes de cada semana al estudio de su maestro, con el cual comería. Esta noticia llenó de gozo al padre, que *no se hallaba fuera de su lugar*.

Tomás no llegó á ser un gran maestro en el arte: le faltaba tiempo para cuidar de la pingüe hacienda que su padre le había confiado, porque don Pedro, viejo y filósofo á su manera, sólo pensaba en prepararse para *el gran viaje*, socorriendo miserias, haciendo buenas obras y encomendándose á Dios.

Tomás Barrientos no conoció ni el amor ni aun los devaneos, hasta que ya contaba veintiséis años: aquella alma recta y honrada, aquel espíritu cándido y á la vez robusto, se alimentaba con el amor de su padre, con el trabajo y con los pinceles, á los que dedicaba con gran delicia los pocos ratos de ocio que tenía después de sus ocupaciones de labranza.

Cerca de veintisiete años contaba ya el heredero de los Barrientos, cuando uno de los más ricos propietarios de su pueblo trajo á su hija de un colegio de Sevilla, donde se había educado. La muchacha era bonita, y contaba diez y ocho años. Don Pedro Barrientos hizo observar á su hijo que ya era hora de que se casara, y que Amparo le convenía por todos estilos: el alma virginal de Tomás estaba ya hacía tiempo llena de esos sue-

ños que aman, no un objeto determinado, sino la idea encantadora del amor: así fué que miró á Amparo con curiosidad y simpatía; le pareció bonita, y empezó á quererla con toda la fuerza y vehemencia del amor primero.

Amparo se había dejado su corazón en Sevilla, y así se lo dijo á su padre.

—¡Jamás podré querer á ese rústico labriego! —exclamó llorando.—Amo á otro, padre mío, y esta unión nos hará desgraciados á los dos.

—¿Y quién es *ese otro*? —exclamó airado el padre de la muchacha.

—Un joven teniente de Caballería.

—Que no tendrá un céntimo.

—Tiene su espada, y es de una familia rica y noble: es hermano de una amiga mía de pensión.

—¡Basta! —exclamó airado el labriego.—¿Cómo te atreves á hablarme de esas locuras?

—¿Y á quién he de hablar, sino á usted?

—Te casarás con Tomás Barrientos.

—¡Y me moriré de pena!

—Te enterrarán; pero á lo menos no habré permitido que entre en casa con sus manos lavadas un pisaverde, un figurín, á gastar las peluconas que pienso darte en dote.

—Pocas son necesarias para comprar una mortaja—observó la pobre joven, por cuyas mejillas caían abundantes lágrimas.

La boda se hizo en breves días. Tomás, que no conocía absolutamente ni el mundo ni las mujeres,

creía natural el que Amparo estuviera triste al separarse de sus padres. Pero cuando la noche de bodas, después de una comida espléndida é interminable, se hallaron solos ambos jóvenes en la cámara nupcial, Amparo se dejó caer de rodillas delante de su marido, y se cubrió el rostro con las manos, sollozando amargamente.

—¿Qué tienes, querida mía?—preguntó asombrado dolorosamente el nuevo esposo;—¿qué te sucede? Ábreme tu corazón... Algo que yo ignoraba, y que debe ser muy triste, sucede. Ten confianza en mí, Amparo; mírame como á tu amigo...

Diciendo así, Tomás pugnaba por levantar á su mujer; pero ésta, abrazando sus rodillas, contestó con voz ahogada:

—¡No me levantaré de aquí hasta que me perdones! Por temor á mi padre te he engañado: ¡yo he sido seducida!...

—¿Qué dices?—exclamó Tomás con voz sorda.

—Que te has casado con una mujer deshonrada.

—¡Horror!—exclamó Barrientos, huyendo al otro extremo de la estancia, volviendo la espalda á la culpable y alzando ambas manos al cielo.

El silencio reinó algunos instantes, un silencio de muerte; una respiración entrecortada se escapaba del pecho oprimido de Tomás: parecía que le faltaba el aire y que estaba cerca de sucumbir á la sofocación.

Después de algún tiempo volvió al lado de



Amparo, que, de rodillas en medio del aposento, no cesaba de sollozar, con el semblante entre las manos.

—Dime, ¿qué te había yo hecho para causarme tanto daño?—exclamó con vehemencia, pero sin alzar la voz.—Yo te quería, y tú has traído á mi casa, y bajo el honrado techo de mi padre, la amargura, la deshonra, el hijo de un hombre que se ha burlado de ti, de ti que llevas mi nombre; porque á no llevar en tu seno el hijo de tu falta, no estarías tan abatida, no me la hubieras confesado, sino que la hubieras ocultado á mis ojos...

—¡Perdón, Tomás, perdón!

—¡No hay perdón para ti!

—¡Nos amábamos...; pensábamos casarnos... Él no sabe que me he unido á otro; si lo hubiera sabido, hubiera venido á encontrarte, y te lo hubiera confesado todo, porque es un hombre de honor!... ¡Créeme y compadéceme, Tomás!...

—¡Levanta, levanta, desdichada!—dijo Barrientos, cuyo noble instinto conoció el acento de la verdad en la manera con que le hablaba su mujer;—levanta, y mírame como á tu hermano: ni abusaré de mis derechos, ni publicaré tu triste secreto. Acuéstate y descansa; yo pasaré la noche sentado al lado de esta ventana. No me digas nada; deja serenarse á mi alma, acongojada por tu funesta revelación...

Amparo guardó silencio. Con paso vacilante fué á la alcoba, se despojó del velo y se tendió

vestida sobre el lecho, pálida y abatida: parecía sobre el lecho nupcial, engalanado de vistosos damascos y ricos encajes, la estatua yacente de un sepulcro.

Cuando la aurora, enviando su primera luz al mundo, alumbró el semblante pálido y contraído de Tomás Barrientos, toda señal de alegría y de juventud había desaparecido de él; sus ojos se habían asombrado para siempre; en el fondo de su corazón llevaba el cadáver de su amor primero, porque había amado á su prometida desde que la vió, y durante las pocas semanas que se había tardado en arreglar su casamiento, había formado mil radiosos sueños de felicidad para los dos.

Las siete serían cuando la joven esposa se levantó, y detrás de las cortinas de la alcoba se despojó de su vestido de seda blanca y se puso una elegante bata azul que se hallaba preparada á los pies del lecho; su padre le había comprado unas galas magníficas, y la bata formaba parte de la canastilla de boda.

Acercóse á su marido, arrodillóse de nuevo delante de él, y tomándole ambas manos con una ternura á la vez dulce y elocuente, exclamó:

—¡Oh, mi generoso Tomás!; ¡cuánto has sufrido en esta horrible noche!; ¡qué espantosa huella ha dejado el dolor en tu semblante! ¡Perdóname, perdóname!...

—Perdonada estás, ya te lo he dicho—contestó el esposo con voz que temblaba.—Hallarás en mí

un hermano, un apoyo, y jamás tu triste secreto saldrá de mi corazón. Procura tranquilizarte, que nada conozca mi padre ni ninguno de la casa. Quiero que siempre seas respetada, y que en lo posible seas dichosa, es decir, que lo seas en todo lo que dependa de mí.

Amparo besó con profunda gratitud la mano de su marido, y dijo con acento apasionado:

—Hasta ayer he amado á otro hombre; desde hace algunas horas, desde que te he conocido, creo que sólo á ti podré amar sobre la tierra.

Tomás guardó silencio, y componiendo en lo posible su semblante, cambió de traje tras de las mismas cortinas que lo había hecho su mujer, en tanto que ésta veía cómo algunas nubes blancas cruzaban el diáfano azul del firmamento.

Vestidos ya de mañana, los jóvenes esposos fueron á saludar al viejo padre, que aún se hallaba en su lecho.

—¡Dios os dé muchos años de venturosa vida, hijos míos!—dijo don Pedro poniendo sus venerables manos sobre las cabezas de Tomás y de Amparo.—¡Dios os dé hermosos hijos, y Él haga que aun pueda yo bendecir al primero!

## IV

La vida de la familia Barrientos se deslizó en medio de sus riquezas, tranquila, apacible, y en la apariencia dichosa; pero en el alma de los jóvenes esposos vivía un profundo, un inconsolable dolor. La vista de aquella joven esposa profanada para siempre, y á la que adoraba con todo su corazón, causaba á Tomás una pena insoportable, porque la amaba con pasión, y cada día había aumentado su amor el conocimiento que adquiría de las amables cualidades de su carácter. Amparo era dulce, sufrida, modesta, laboriosa; cuidaba, mimaba, mejor dicho, al anciano padre de su esposo; prodigaba á éste las más tiernas atenciones, y su dulce humor era inalterable; pero su corazón estaba henchido de una tristeza profunda: si alguna vez aparecía en sus labios la sonrisa, expiraba antes de formarse del todo; su blanco y dulce rostro iba perdiendo toda su frescura; su embarazo adelantaba, y con él su vergüenza, su tristeza y su dolor.

Sentía como un gran vacío en el corazón, y le parecía que tenía en él un frío inmenso. La imagen de su amante vivía allí, pero lúgubre y repulsiva.

Por un extraño fenómeno moral, ni podía olvidar á aquel hombre, ni podía dulcificar su recuerdo; pensaba en él con horror, pero constantemente, y dormida, como despierta, le tenía delante de sus ojos.

Tomás tenía un cuarto de soltero, que comunicaba con la gran cámara nupcial que se había arreglado para él y para su esposa desde el día antes de su casamiento; pero en el cuarto donde había pasado los mejores años de su vida, los de su tranquila adolescencia, había tantos objetos que le eran queridos, y de los que hacía uso constante, que ordenó no le tocaran ninguno y dejaran tal como estaba aquel gabinete.

Aunque aparentando cuidadosamente lo contrario, en aquel gabinete dormía Tomás Barrientos desde el día mismo de sus funestas bodas; cada noche entraban los esposos en la cámara nupcial, y después de un helado «Buenas noches», se retiraba Tomás á su habitación de soltero y dejaba á su mujer en la cámara conyugal.

Una vez sola allí, Amparo tendía sus ojos con inmensa tristeza en derredor suyo. Grandes y antiquísimos cuadros de vidas y martirios de santos adornaban las paredes; para alegrar un poco aquella habitación, Tomás había comprado un tocador precioso de raso azul pálido y de encaje blanco, cuyo espejo tenía un marco también de raso; las cajas para las horquillas y perfumes eran preciosas; grandes sillas talladas de roble con alto

respaldo y asientos de damasco carmesí guarnecían las paredes; del mismo damasco eran el techo y las cortinas de la gran cama de roble tallado como la sillería; algunos sillones de moderna hechura y un elegante puff se veían diseminados por la estancia; un vargueño antiguo, pero de gran precio, y un armario cuya puerta era un espejo, ocupaban los dos testers principales, y esta mezcla de lo antiguo y lo moderno hacía un contraste encantador para los ojos de una joven desposada cuyo corazón hubiera estado lleno de amor y de paz.

Mas el de Amparo estaba lleno de tempestades. Dos meses después de su casamiento recibió una carta, cuya vista la hizo palidecer mortalmente: la letra del sobre era de su amiga de pensión, de la hermana de su seductor.

Amparo fué á buscar á su marido y le entregó la carta sin abrirla.

—¿No es para ti?—preguntó Tomás mirando el sobrescrito;—¿por qué no la abres?

—Porque no debo ni quiero hacerlo—contestó dulcemente Amparo;—léela tú, y no te alteres, porque el asunto no lo merece y está terminado.

Tomás abrió la carta, y de ella cayó una hoja de papel, escrita, pero sin firmar, por el seductor de su mujer: la acusaba de infiel, de ingrata; la reconvenía duramente por su casamiento; le exigía su hijo tan pronto como naciera, y concluía diciéndole que se lo robaría si no se lo daba.

33878

Tomás, que había quedado solo, se volvió lívido y estrujó la carta en su crispada mano; pero ni una palabra dijo á su mujer, ni ésta le preguntó nada: aquel secreto terrible los separaba como un crimen.

Así pasaron siete meses: el embarazo de la joven tocaba á su fin. Don Pedro Barrientos esperaba ansiosamente á su nieto.

Una noche, al retirarse Tomás á su cuarto, le dijo su esposa con voz dulce y trémula:

—Amigo mío, quisiera pedirte una cosa...

—¿Qué deseas?—preguntó Tomás, dejando la bujía que puesta en una palmatoria de plata antigua tenía en la mano; y después de colocarla sobre el vargueño, volvió al lado de su mujer.

—Tomás..., el término de mi embarazo se acerca—dijo Amparo con voz sorda y oprimida;—fervorosamente pido á Dios que no tenga vida el hijo de mi falta...; pero si vive para mi castigo... yo no quiero que esa criatura exista bajo el techo de mi honrado marido y de su venerable padre. Tomás, yo soy desgraciada, pero no pervertida...; créelo...

La desdichada no pudo continuar: anudóse la voz en su garganta y dejó oír un profundo sollozo.

Barrientos palideció y se acercó á la ventana: miró al cielo y contempló la luna, que en todo el esplendor de su majestad subía limpiando el manto azul del firmamento de los blancos celajes que le cruzaban.

Reinó un largo silencio; un silencio pavoroso, mortal. Amparo alzó de nuevo la cabeza: era preciso para ella, era indispensable salir de aquella angustiosa situación; halló de nuevo valor para dirigirse á su marido, cuyo semblante estaba oscurecido por una sombría expresión.

—¿No me respondes, Tomás?—preguntó con voz trémula.

—¿Y qué he de responderte? ¿Qué quieres hacer?—repuso Barrientos con angustia.—No sé de qué modo salir de esta cruel situación... Amparo, no te culpo..., te compadezco...; pero créeme..., me has hecho muy desgraciado...

—Ya lo sé—dijo la pobre joven.—Mira lo que he pensado... Me iré á Sevilla, como que tengo que hacer compras...; permaneceré allí hasta el día fatal, y después... después el hijo de mi culpa irá á un asilo.

—¡No, no!; ¡irá á poder de su padre!—exclamó Barrientos con terrible violencia.—¡Á Sevilla! ¡Ir tú á Sevilla! ¡allí donde está la hermana de tu cómplice!; ¡la vil criatura que ayudó á tu seducción!... ¿Quieres pisar mi honra, desgraciada? ¿Y no basta que hayas perdido la tuya?

—¡Dios mío! He dicho á Sevilla, como hubiera podido decir á cualquiera otra parte... Me iré á un pueblo... donde tú dispongas... No tengo otra voluntad que la tuya...

—Estarás aquí, dentro de mi casa—respondió Tomás, cuya frente perlaba un sudor helado;

y pasando por ella su blanco pañuelo, añadió:

—Tu hijo pasará por serlo mío; quiero mejor sufrir yo, que no tu deshonra; ¿quién sabe si llegaría á saberse donde fueras, que eras tú mi mujer? Entonces dirían que te echaba de la casa conyugal por indigna... No, tu hijo será el mío, y no irá á ningún establecimiento de caridad...

—¡Ah, mi noble, mi generoso Tomás!—exclamó Amparo, arrojándose á los pies de su marido;—¡por qué no te conocí más pronto! ¡Qué dichosos hubiéramos podido ser!

—Acatemos la voluntad de Dios, y tranquilízate.

Tomás, para sustraerse á la apasionada gratitud de su mujer, se retiró á su cuarto; pero al amanecer le despertó un inusitado movimiento en la casa: dejó el lecho y salió á preguntar lo que ocurría.

—Es el señor, que se ha puesto malo—le dijo una de las criadas.

Tomás corrió á la habitación de su padre: era una pieza tan grande como su habitación conyugal, y adornada con muebles de hacía dos siglos: grandes sillones de vaqueta oscura, una cómoda antigua, un gran buró papelería y antiquísimos cuadros representando escenas de la Historia Sagrada, en tan gran número, que casi cubrían las paredes. La cama se hallaba elevada sobre un estrado de tres gradas, y tenía baldaquín y cortinas de tapicería, cuyos vivos colores habían palideci-

do con los años. Diosas y guerreros se amaban, danzaban y se besaban en las colgaduras, y tras ellas agonizaba el anciano don Pedro Barrientos, presa de un accidente mortal.

Habíale dado un ataque al cerebro; los años habían quitado sus fuerzas vitales á aquella hermosa y robusta naturaleza, y Dios le llamaba ya á su seno, para darle con un asiento en el cielo el galardón de sus virtudes.

Tomás leyó en el rostro de su padre el decreto formidable del Soberano Creador: la muerte extendía sobre aquellas facciones venerables la sombra de sus alas: hizo llamar á Amparo, y le mostró con un dolor mudo y elocuente á su padre casi exánime.

La joven se arrodilló y besó con lágrimas la mano de don Pedro; más, mucho más que á sus duros y egoístas padres, había llegado á querer al noble padre de su marido, que había sido para ella tan atento, tan cariñoso y tan bueno.—Á las once de la mañana, y después de recibir la Extremaunción, don Pedro Barrientos dejó este mundo por la eternidad, teniendo una mano entre las de su hijo y otra entre las de Amparo.

Dios no quiso que bendijera al hijo de la seducción como si hubiera sido su nieto primogénito y el hijo de una unión legítima.—Tomás, en medio de su inmensa pena, sintió que se aliviaba su alma de un peso enorme al ver que Dios había evitado á su honrado padre aquel inconsciente sonrojo.

Pocos días después de la muerte de don Pedro Barrientos, Amparo dió á luz una niña: á la vista de la criatura que lloraba y le tendía sus bracitos, una inmensa piedad se apoderó del alma de Tomás, llena de las sombras del dolor: la ofensa de su madre se borró ante la idea de la desgracia de aquella criaturita, de aquel ser inocente que no tenía hogar si él le arrojaba del suyo. Barrientos tenía un alma heroica: tomó á la niña en sus brazos, la besó, y aquel beso fué el perdón completo de la pobre Amparo.

Una robusta nodriza crió en la casa á la pequeña Inés, nombre que se le puso por ser el de la madre de Amparo madrina de pila de la niña; y aquel secreto de vergüenza y de falsía sólo lo supo Tomás Barrientos, que jamás lo dejó salir de su pecho.

No obstante, había quien tenía la vista fija en aquel hogar pacífico, donde se albergaban en dulce consorcio el arrepentimiento, la piedad y la inocencia. El seductor de Amparo, el padre de Inés, pertenecía á la más alta aristocracia; había adelantado en la carrera militar, tenía influencias, y hallaba tiempo para tener cuidado de cuándo nacía su hija. Era el hijo del Duque de Medellín; pero se hubiera casado con Amparo, no sólo porque era admirablemente bella, sino porque era su primer amor: sacó una fe de bautismo de su hija, é hizo que su hermana escribiera una carta á la desgraciada Amparo anunciándole que

iba á quitarle á su hija: la pobre joven tuvo el mal acuerdo de responder, y su carta fué un testimonio irrecusable de que se hallaba encinta al casarse y de que Inés no era hija de su matrimonio, sino de amores precedentes.

Diez meses contaba Inés, cuando su madre, temblando siempre de que se la quitaran, cayó gravemente enferma: su amor á su esposo era inmenso; la generosidad con que había adoptado á su Inés, la fidelidad con que había guardado el secreto de su culpable esposa, las atenciones de que la rodeaba, hicieron suyo el corazón tierno y confiado de Amparo; pero la tisis no perdona, y ardía voraz, terrible, en las venas de la joven, que murió bendiciendo á su marido, jurándole que sólo á él había amado sobre la tierra, y que el recuerdo de su seductor le había sido odioso desde que le conoció á él; recomendóle vivamente á su hija, y murió apaciblemente en los brazos de Tomás, como se extingue la luz en una bella tarde de estío.

Tomás la lloró de todo corazón: la había amado mucho, y quedaba solo sobre la tierra. Apoderóse de él una tenaz melancolía; se volvió misántropo, y se encerró en su hogar solitario para llorar á sus solas á su padre y á su mujer. Todas sus dichas estaban tronchadas, todas sus ilusiones habían sido desvanecidas; bajo su techo había una criatura inocente que le amaba y le sonreía, pero á la que no podía mirar sin honda amargura.

—¡Si fuera mía!—pensaba.—Pero estoy solo, solo sobre toda la extensión de la Tierra!

La pequeña Inés parecía haber tomado á empeño en su inocencia el consolar á Barrientos: cuando le veía, daba gritos de júbilo y le sonreía alegremente. Poco á poco la vista de aquella inocencia fué curando el alma ulcerada del viudo, y sin saber cómo, se halló con que amaba á la niña como si fuera suya, á los pocos meses de verla todos los días.

Al que odiaba con toda su alma era al padre de Inés. En vano su clara razón le decía que aquel hombre había sido ajeno á su casamiento, y que la debilidad de carácter de su mujer había sido la causa de la desgracia de los dos; en vano quería perdonar la ofensa que ya había juzgado el cielo: su piedad se detenía en la culpable y en su hija, y no llegaba á perdonar al seductor.

Sin embargo, el encanto irresistible de la infancia ejercía su mágica influencia en aquel corazón herido, pero nobilísimo. Inés, al año, era una criatura preciosa, inteligente, y parecía que pedía gracia para la memoria de su pobre madre. No sólo la adoraba Tomás, sino también el viejo capellán, que sabía el triste secreto de Amparo por ella misma: el noble esposo, el viudo desolado, jamás depositó ni un átomo de su dolor mortal en el seno de nadie; pero Amparo, en su última confesión, confió todo al sacerdote y terminó diciendo:

—Padre mío, si algún día puede usted aliviar á mi noble y amado Tomás del tormento de ver á mi hija, hágalo usted, y devuélvala á la familia de su padre.

Pero el venerable capellán vió con mucha alegría que Tomás iba tomando cariño á la pobre niña, y que poco á poco, y de una manera inconsciente, le iba dedicando una ternura profunda.